ASCENSO CERRO EL TORO.

18-19-20 y 21 de Mayo.

Día 1. Santiago – Linares – Embalse Ancoa.

La idea de subir el Cerro El Toro surgió de manera bien inesperada. A decir verdad, teníamos otro cerro en mente, el Volcán Planchón, pero en razón de la alerta amarilla por su actividad, decidimos buscar otras opciones. El Toro fue propuesto por Tami, y me dio la impresión de que en un principio no hubo mucho enganche con él por parte de nosotros, sino hasta que lo vimos, estudiamos la ruta y las escasas fotos. Se veía sencillamente increíble. Terminamos convencidos de que a ese cerro queríamos ir durante los cuatro días del fin de semana largo que se avecinaban. Las cordadas serían las siguientes: Gabino y Tamara, Arturo y Stephano, y Xime y yo. Sin embargo, Stephano se enfermó, por lo que tuvimos que reorganizarnos. Además, a última hora se sumó Seba Cofré. Finalmente, las cordadas quedaron conformadas por Gabino y Tamara, Xime y Seba y Arturo y yo.

El sábado Arturo me pasaría a buscar a la casa junto con su señora y cuñada (quienes se quedarían en el Hotel El Melado), y nos iríamos al Líder de Macul para juntarnos con los demás. Para mi sorpresa llegó solo, puesto que por distintos motivos no pudieron ellas embarcarse en nuestro viaje. Al llegar a las 9:30 a Macul, estábamos con dos autos, y a pesar del esfuerzo de mis compañeros por convencer a Arturo de ir a dejar el suyo a la casa y partir todos al sur en el de Gabino, terminamos yendo cómodamente con los dos vehículos. Tres en cada uno.

El paisaje en la carretera se veía bastante bonito con la niebla matinal difuminándose y envolviendo elegantemente los cerros de la Cordillera de la Costa. Sin embargo, desde Rancagua a Talca nos metimos de lleno en la nubosidad, hasta que salimos del manto nuboso y pudimos apreciar las primeras montañas del Maule. Vimos el Cerro Azul (aunque no el Descabezado Grande, que se encontraba tras las nubes), distinguimos el Longaví, y, entre medio, el Cerro El Toro, que se encontraba nevado y se levantaba imponente con su blanco cordón, ya creando las primeras ilusiones, imaginándolo, viajando mentalmente por sus recovecos.

Paramos en Linares con Arturo y Xime, para que ella pudiera comprar un gas. Gabino, Seba y Tamara venían en el otro auto un poco más atrás y se detuvieron cerca del supermercado. A los minutos nos wasapean diciéndonos que estaban en panne, que el vehículo no prendía. Nos juntamos con ellos, y luego de llamar al papá de Gabino y elucubrar algunas situaciones, Arturo transfirió carga de su batería y todo volvió a la normalidad. Luego fuimos a la plaza de la ciudad, estacionamos y fuimos al Mercado,

donde nos sentíamos verdaderos turistas, mientras éramos presionados por los distintos locatarios para elegir su local para almorzar. En fin, nos decidimos por uno donde nos alimentamos bastante bien. Al salir de allí, Arturo y Tami compraron en una pastelería (al parecer con bastante historia) unos exquisitos dulces para todos.

Nos embarcamos en los autos nuevamente y partimos a tomar la ruta hacia el Embalse Ancoa. En verdad no fue complejo ubicarlo. Favorecía la estructura damera de Linares. Poco a poco el paisaje fue mutando, y la planicie del valle daba paso a las primeras lomas y empezaban a aparecer los primeros bosques que cubrían los cerros por completo. Cada vez se ponía más espectacular, presenciando las primeras cumbres rocosas y un hermoso gendarme a poco de llegar al Embalse, iluminado bellamente por la luz tenue de la tarde de aquel día. Después de subir algunas curvas, llegamos a unos de los varios miradores que existen al borde el Embalse, donde nos detuvimos a contemplar ese tremendo lago artificial (aunque estaba con niveles bajísimos), la vegetación de robles, los colores, las montañas y el bello espolón rocoso. Una vez que bordeamos el Embalse hasta su final, llegamos a un puente que cruza el Río Ancoa y donde está el Hotel El Melado, cuyas instalaciones se encontraban cerradas. Nos detuvimos allí a ver las opciones de donde pasar la noche, porque, a decir verdad, había bastante humedad por la lluvia que estimamos cayó el día anterior. Así fue que seguimos hasta la entrada de la Reserva Nacional Los Bellotos, donde estacionamos y bajo unos bellos boldos instalamos nuestro campamento, justo antes que oscurezca, a eso de las 6 pm. Sólo bastaba caminar un par de pasos para ver, muy a lo lejos, nuestro objetivo, que se erigía imponente en el atardecer.

Con Arturo nos dispusimos a cocinar los contundentes tallarines con salsa, champiñones y salame. Él quería dormirse temprano, pero yo tenía muy poco sueño, razón por la que me fui a la carpa de Xime y Seba a tomar té, comer chocolate y tener unas buenas conversaciones. Me devolví a como a las 10 a mi carpa y dormí plácidamente.

Día 2. Embalse Ancoa – Campamento.

Nos levantamos a las 8 más o menos y estaba helado fuera de la carpa. Después de desayunar y levantar el campamento, subimos las cosas a los autos, volvimos un par de minutos hacia el puente sobre el Río Ancoa, estacionamos, arreglamos los últimos detalles y a las 10 am empezamos la marcha que para ese día según AHB se estimaba de 7 a 10 horas, por lo que sabíamos que la jornada sería larga.

Cruzamos el puente y subimos las escaleras que sortean la ladera, para a los pocos metros empezar un sendero maravilloso entre los robles amarillos – anaranjados, pero que pronto se nos perdió. Caminamos unos minutos por donde veíamos que había claros en el bosque,

hasta lograr empalmar son el sendero principal, tapado de suaves hojas que hacían muy agradable dar cada paso. Desde ahí el avance fue raudo y de a poco la vista se tornó más amplia, ya pudiendo ver el Río bajo nosotros y los primeros rayos que se montaban sobre las montañas hacia el noreste. Al seguir nos topamos con una quebrada. El sendero se perdió, motivo por el cual volvimos unos metros tras nuestros pasos hasta empalmar con un sendero que bajaba hacia la quebrada, pasaba un estero y volvía a subír abruptamente la ladera contraria. Parábamos a ver el bosque, los robles, los primeros cipreses. Luego fue prácticamente sólo bajada hasta la orilla del Río, apareciendo algunos canelos, olivillos y bellotos. Hasta una pequeña Nalca intentaba crecer cercana al cauce. Pasamos por un plano hasta que repentinamente llegamos a un bellísimo bosque de grandes bellotos, uno que otro roble y varios arrayanes con sus particulares troncos, junto con la vegetación baja que hermoseaba el suelo, el agua de un pequeño estero corriendo y los musgos que crecían por todo el tronco de los bellotos. Aquí estuvimos un buen rato, porque realmente nos pareció maravilloso.

Continuamos avanzando por el bosque hasta desviarnos hacia el río, donde precisamente aun no teníamos que ir, sino que subir la ladera nuevamente, ir por arriba y recién descender a la ribera del río. Pero nos dimos cuenta rápidamente y en poco tiempo llegamos al punto en que debíamos a atravesarlo.

Algunos pasamos con zapatillas para el efecto, otros con chalas, otros a pata, y además algunos cruzamos sin pantalones porque en ciertas partes nos pasaría la rodilla. No fue un rio difícil de cruzar, no obstante que por las rocas debíamos pisar con cuidado.

Hasta aquí llevábamos 2:30 horas, siendo que AHB señalaba 1:30 a 2:30. Nos dimos cuenta de que las paradas constantes explicaban esta diferencia y que a ese paso llegaríamos de noche, por lo que acordamos al menos tácitamente de apretar un poco en el tramo siguiente. Seguimos entonces cerca de la ribera del Río. A los pocos metros se abrió una vista bellísima a la derecha, con una amplia quebrada, y arboles naranjos y amarillos, coronados por las montañas que hacía al fondo se erigían.

Eso sí, nosotros teníamos que subir la ladera de la izquierda, donde al adentrarnos en el bosque este se tornó bellísimo nuevamente. Me pareció que en aquel lugar vimos el roble y

el ciprés más antiguo de todos los que tuvimos la oportunidad de apreciar. Continuamos subiendo y bajando un par de quebradas.[1] Hizo calor ese día, y se podía caminar sólo con polera. Luego fuimos en puro descenso hasta llegar a la Casa de Piedra, que en el fondo es una especie de cueva formada por una gran roca, y que utilizan de vez en cuando los arrieros del sector. Nos hidratamos, comimos algo y pronto volvimos a la marcha por el sendero en camino hacia un bosque que estaba a unos 2 o 3 km y que AHB describía como un "idílico bosquecillo de robles", motivo por el cual nos hicimos unas expectativas enormes. ¡Y cómo se cumplieron! Al llegar a ese bosque lo que vimos fueron altos robles, amarillos, naranjos, que abarrotaron el uniforme suelo de sus suaves y coloridas hojas, y tan cerca del río que transportaba sus cristalinas aguas. Estuvimos un rato, ilusionados con acampar allí cuando bajáramos.

Proseguimos caminando por un claro sendero que a poco andar se adentró en la ribera del Río Ancoa, permitiéndonos una amplia vista tanto a los cordones que lo encerraban, como hacia la cascada que debíamos remontar, el bosque donde estaría el campamento y por supuesto al Toro, y nos hacía elucubrar acerca de donde iría la ruta del día siguiente camino a la cumbre. En un punto, el río desapareció y ya no lo volvimos a ver. Empalmamos con un estero que venía de la cascada, la cual debíamos remontar por uno de sus costados en una zona rocosa. Se veía con bastante pendiente desde lejos, pero al estar en sus pies fue posible apreciar las distintas curvas y que encontrándolas permitirían remontar ese paso.[2] Así lo hicimos hasta llegar a un verdadero bosque de quilas[3], y luego al bosque dominado por los robles y uno que otro ciprés. No había una huella clara, por lo que simplemente fuimos pasando por donde la vegetación nos permitía y tratando de mantener la cota.[4] Luego de pelear con algunas ramas, apareció uno que otro monolito que nos daban una idea

[1] Estas quebradas se presentan con bastante desnivel, hay que ir preparado mentalmente. Se recomienda llevar una buena mochila para enfrentar este desafío de la manera más cómoda.

2 Nos dimos cuenta al regreso que el "paso" va casi al borde izquierdo de la pared, al costado del río. A medida que se asciende, se van encontrando hitos.

3 Planta de la familia del Bambú, se caracteriza por sus abundantes ramificaciones, gran tamaño y crece en forma de matorrales. Dificultando el paso y visión a cualquier explorador.

4 El "camino" va muy cerca de la quebrada. No se recomienda intentar hacer la ruta hacia la derecha acercándose a la ladera de la montaña, debido al tupido bosque.

de por donde seguir. En un punto ya parecía que debíamos salir a la orilla del estero. Al hacerlo, para nuestra sorpresa vimos una carpa con uno de sus montañistas de pie fuera de ella. Lo saludamos y conversamos unos minutos. Nos explicó que era segunda vez que intentaban subir este Cerro y que no pudieron hacer cumbre ya que la roca estaba demasiado mojada. Al comentarles que seguiríamos la ruta bordeando al estero, nos dijo que la vez anterior que vinieron al sector, probaron por allí y que era imposible. Nos recomendaron hacer la ruta más arriba por la ladera para evitar aquel paso. Ellos bajaban al día siguiente así que no los veríamos más. En definitiva, tardamos 7:30 hrs. aquel día.

Nos dispusimos a instalar el campamento allí en las rocas, en un lugar que a decir verdad se veía poco confortable para pasar la noche. Pero Gabino tuvo la idea de buscar algún espacio en el bosque, encontrando uno muy bueno bajo los robles, donde ya casi sin luz armamos las carpas. A diferencia del día anterior, no estaba tan helado, lo que hizo bien grato cocinar. En nuestro caso, un contundente arroz con choritos, chorizo y champiñones, y un té caliente.

Por cierto, con Arturo llevábamos – a mi juicio – un montón de comida que alcanzaría para estar bien 3 días más de lo contemplado. Fue una situación que se salía un poco de lo que he estado intentando este tiempo de llevar lo preciso, aunque reconozco que igual disfruté comer harto (pero igual me parece buena idea andar liviano). Así nos dispusimos a dormir, bajo una noche estrellada y absolutamente despejada.

Había algo que olvidé por completo y que sólo recordé cuando empecé a sufrirlo: los ronquidos de Arturo. Creo que esa noche dormí en total unas 4 horas y que el resto de las 4 horas las pasé despierto, con el constante pensamiento de ir a despertar a Xime y Seba para que me admitan en su carpa (lo habíamos conversado el día anterior como plan de "emergencia" por si ocurría esto) o bien de vivaquear bajo los árboles. Tengo cero costumbre a los ronquidos y debo confesar que en momentos estaba irritado mirando el techo de la carpa.

Día 3. Campamento – Cumbre – Campamento.

Pero bueno, me desperté con energía a pesar de ello y con toda la motivación por el día que venía, energía que también sentí de mis compañeros. Desayunamos yogur con una exquisita granola que hizo Arturo, y pan con queso y salame. Como las mochilas las dejamos semi armadas en la noche, no tardamos en estar listos para partir.

Afuera ya no se veían las estrellas y la luna llena que pudo iluminar nuestros pasos, no era capaz de atravesar la neblina que se cernía sobre nosotros. De todas maneras, iniciamos la marcha a las 5:20 am con la esperanza de que se disipe luego del amanecer. Gabino iba abriendo y tenía en el GPS marcados ciertos puntos relevante de la ruta. A los 10 minutos el cajón por el que desciende el estero se angostó ostensiblemente. ¡Y vaya que se angosta! quedando sólo unos cuantos centímetros donde pisar con seguridad, para un tramo de varios metros por superar. Gabino pasó primero y nos dice "está psyco este paso".[5] Pensé que, si

[5] Paso bastante expuesto e intimidante. Se recomienda tener experiencia en cruces tipo quebradillas o cruces que llevan pasa mano. Creemos que debido a las dificultades que enfrenta el cerro desde un principio, es

lo decía él, es que no estaba exagerando. Entonces empezamos uno a uno a pasar, pero en la oscuridad no podíamos ver en plenitud el sendo precipicio que, en efecto, llegaba hasta el río. Era una boca de lobo. En todo caso me da la impresión de que no percibir la exposición genera mayor "seguridad", y que eso nos permitió pasar sin premuras, pero por supuesto que bien concentrados en los pies y manos.

Proseguimos la marcha entre las húmedas y en partes tupidas quilas, traverseando por la ladera y ganando altura hasta cierto punto para luego mantener la cota. De vez en cuando se disipaba un poco la neblina y nos dejaba ver una bella cascada a lo lejos, o borrosamente el circo rocoso que teníamos al frente y que era difícil de dimensionar aún. Otras veces se ponía densa formando una verdadera cortina con nuestras linternas. Hasta que a eso de las 7 am llegamos al pie de la pared rocosa,[6] que a simple vista parecía infranqueable. Como lograba filtrarse la luz entre la neblina, podíamos comparar las fotos que traíamos impresas (Arturo imprimió la descripción de AHB) con lo que veíamos in situ, sumado por supuesto, a la información del GPS que fue fundamental de ahí en más. De este modo, caminamos unos metros hasta quedar justo en el punto en que debíamos montarnos a la roca. Se veía bastante mojada en ciertas partes lo que le daba un aspecto bellamente lúgubre. Trepamos los primeros 4 metros hasta una terracita y luego trepamos la sección siguiente que debe tener unos 20 metros en total. De esos 20 metros, 4 debían treparse también, con agarres a veces un tanto mojados, pero en roca firme. En los restantes, la pendiente disminuyó y se pudo caminar haciendo adherencia. Ciertamente, este tramo requirió su buena concentración y nos preocupamos un poco respecto al regreso, en el sentido de no irnos placa abajo y sacarnos la cresta. Pero ya no tenía mucho sentido cuestionarlo, lo asumimos y seguimos hasta el siguiente paso: una pequeña chimenea de unos 5 metros y con buenos agarres. Lo único incomodo era que en su salida estaba bastante mojada. Después la pendiente disminuyó y seguimos subiendo por una placa donde pudimos caminar cómodamente.

mejor ir con un grupo pequeño (4 o 5 como máximo) de lo contrario, se alarga mucho la jornada y se corre el riesgo de no tener el tiempo para llegar a la cumbre.

[6] La pared rocosa queda casi al final de la quebrada por la ladera derecha y por su gran tamaño, es imposible que pase inadvertida. Si le dificultan los trepes y destrepes, se recomienda llevar una cuerda para hacer un rapel al regreso. (pero no aseguramos que puedan encontrar alguna roca para montar anillas y zona de aseguramiento) Esta cuerda también podría utilizarse para la pequeña chimenea que sigue después de superar la "rampla".

La montaña seguía cubierta, y tenuemente se dejaban ver algunos gendarmes que de hecho confundimos con el diente de roca, el cual constituía nuestra próxima referencia. Cada cierto tramo nos deteníamos a ver por donde seguir. Básicamente teníamos que ir subiendo distintas terrazas hasta remontar un estero que nos dejaría en una especie de mirador. Al llegar a ese punto – a eso de las 9 am - maravillosamente el cielo se despejó por completo hacia nuestro frente, con los primeros rayos de sol dándonos su calor y permitiéndonos ver bellas torres a lo lejos; y hacia la derecha de estas, pero en un plano más "cercano", se erigía el famoso diente de roca. Hacia atrás, la nubosidad alta empezó a disiparse y la neblina siguió ocupando densamente los valles, generando unos contrastes impresionantes. Aprovechamos ese momento para tomarnos tiempo para comer, descansar y observar. Desde allí continuamos subiendo por diversas terrazas rocosas y aparecieron los primeros manchones de nieve. Sabíamos que debíamos subir de tal manera de quedar un poco a la izquierda del diente de roca y por supuesto, bastante a la derecha de una gran quebrada en que descendía un arroyo. En un punto cercano al diente, la siguiente terraza hubo que cruzarla bien a la derecha. Estaba la opción de seguir unas huellas (de un animalito) que remontaban una especie de canalón en la nieve, o bien trepar unas rocas. Seguimos esta última opción. La parte final del trepe tenía hielo (que aparecería intermitentemente a lo largo de la ruta) y de ahí en más la nieve fue continua (de hecho, lo fue hasta la cumbre). Teníamos el diente de roca cerca, con lisas paredes, y cuya fisionomía iba cambiando progresivamente. De hecho, recién al verlo desde arriba es que entendí por qué le llamaban diente (desde abajo es más bien una muralla). Seguimos subiendo las terrazas por la nieve, que en ciertos tramos se ponía dura, o bien había una capa polvo sobre otra que ameritaba crampones. La Tami nos sugirió que los usemos, cuestión que hicimos, volviéndose más confortable la marcha. La nieve tenía cierta textura que sugería por donde caminar y evitar los tramos blandos.

La nubosidad a nuestra altura ya se había disipado bastante formándose bellos cúmulos de nubes y a lo lejos se apreciaba un verdadero e interminable mar de nubes. Estábamos impactados con el paisaje.

Podíamos ver la cumbre más cerca, con sus farellones hacia la izquierda y una ladera nevada de unos 70 metros que nos dejaría en el filo para dar los últimos pasos. Enfrentamos la pendiente zigzagueando con una nueva inyección de energía, y tras 7:30 hrs desde que salimos del campamento y siendo las 13:00 hrs, uno a uno fuimos llegando a la amplia cumbre, abrazándonos felices e impactándonos que el enorme espectáculo que se abría a nuestro alrededor. Hacia el sur, unas bellas torres y el Nevado de Longaví; hacia el este un infinito manto nuboso que cubría el valle y que cerca de nosotros levantaba hermosos cúmulos; hacia el norte y el oeste podíamos apreciar las montañas nevadas y cubiertas en la nubosidad, sobre ellas una franja delgada despejada e inmediatamente sobre ésta, un estrato más oscuro y sugerente. Además, a medida que la vista se afinaba en tal maravilloso entorno, veíamos una que otra laguna en los circos mas recónditos de los cordones aledaños. Pronto se levantó un viento helado, así que nos sentamos relativamente juntos en un espacio más “protegido” a comer y beber algo caliente. Hacia el oeste se veían las nubes más oscuras y el estrato del norte empezaba a crecer y moverse hacia el sur.

Ya siendo las 1:40 empezamos el descenso. Al terminar de bajar la ladera, el viento amainó repentinamente. En adelante seguimos por la buena nieve y las terrazas en franco descenso en dirección al diente de roca. Estando cerca de él, no destrepamos la roca que trepamos de ida, sino que tomamos las huellas que habíamos visto por el pequeño canalón de nieve. A

poco andar empezó el terreno rocoso, uno que otro destrepe, pasamos la zona donde hay una especie de mirador y continuamos bajando entre los recovecos de la montaña. De a uno destrepamos la chimenea y luego nos dispusimos a bajar la placa rocosa. Hacia la derecha y pegada a la pared, la roca era porosa, teniendo buena adherencia, pero estaba mojada. Así que tomamos la parte lisa que para nuestra fortuna, estaba seca. Con mucho cuidado fuimos descendiendo hasta que ya no era posible hacerlo de pie, puesto que por más que bajaras tu centro de gravedad te ibas hacia adelante. En ese instante había que girarse y destrepar por un sector con algunos agarres que encontró Gabino y Seba en una especie de zigzag. Me pasó que confiado bajando de pie y no girándome oportunamente, me resbalé en la placa logrando ponerme de guata y agarrándome como pude para no deslizarme hacia la terraza. Esos pequeños instantes en que uno siente el corazón en la boca.

Finalmente bajamos todos y nos fuimos entre las quilas camino hacia el campamento. En ese momento empiezan a caer suavemente las primeras plumillas de nieve, o como me dijo Xime, la “nieve caía con cariño”, con su tono de agradecimiento a la naturaleza. Al mirar hacia atrás, la nubosidad ya tenía cubierta el cerro. Continuando la marcha, al cruzar una pequeña quebrada, Xime pasa a golpear fuertemente su rodilla contra una piedra, lo que la tuvo con algún grado de dolor al menos hasta que volvimos a Santiago. En adelante sólo nos quedaba el paso expuesto de la madrugada al borde del estero. Gabino y Seba iban un poco más adelante cuando de pronto con los demás escuchamos en tremendo estruendo causado por una roca que había caído en el cajón. Nos miramos un tanto preocupados, y por fortuna o lo que sea, a los pocos segundos aparece Seba. Estaba todo bien, sólo que se le cayó una roca enorme bajo sus pies. (eso hizo darnos cuenta la peligrosidad del paso que íbamos a enfrentar y que en la mañana no pudimos dimensionar debido a la oscuridad).

Con Arturo y Tami pensamos en la posibilidad de darle por arriba si el terreno estaba muy suelto y porque no sabíamos si efectivamente ese era el paso. En esas conversaciones aparece Gabino, que ya había hecho el pequeño traverse y nos dice que está al lado, que le demos. Así nos fuimos acercando y bajando con cuidado. Debo confesar que sentía su cuota de nervios, seguramente influenciado por la pequeña caída de hace una hora. El pie izquierdo había que apoyarlo bien en una pequeña saliente, tomar un agarre hacia la derecha y algo adelante, y luego abrir bastante (para mi paupérrima elongación) la pierna derecha, cargarle peso, tomar otra mano y salir de la exposición. Precisamente allí, en el primer paso, Seba nos cuenta que se cayó, pero logró quedarse ahí mismo sin deslizarse. Gabino le llamó la atención porque según cuenta, le iba conversando en aquel instante.

Ya todos en lugar seguro, caminando hacia nuestro campamento, decidimos sentarnos junto a un chagual, con el fin de contemplar el atardecer, que teñía el espacio de amarillos, naranjos, violetas y sus diversos matices. En eso se pone a nevar un poco más. Hablábamos de lo oportuno de la bajada puesto que arriba debían estar bien intensas las condiciones. Caminamos los últimos metros hacia el campamento, llegando a eso de las 6 pm. Nos encontrábamos bien físicamente, pero era evidente que nos quedaríamos en ese lugar y no iríamos hacia el bosque idílico a pasar la noche.(como se había planeado el día anterior) Una vez dentro de las carpas, nos pusimos a cocinar escuchando el relajante sonido que produce la nieve al golpear el cubre techo. Nuevamente la cena fue contundente gracias a los tallarines con diente de león, chorizo y demases. Así nos fuimos a dormir. Concilié rápidamente el sueño hasta que a las pocas horas me desperté por los ronquidos de mi cordada y de ahí en más dormí intermitentemente. También escuché ronquidos suaves en otra carpa, pero hasta el día de hoy desconocemos al autor o autora.

Día 4: Campamento – Santiago.

No pusimos despertadores. Con tranquilidad nos fuimos levantando con la idea de salir tipo 10 am. Al abrir la carpa, los robles estaban cubiertos de nieve, que de tanto en tanto caía de sus ramas ante la más mínima brisa, y hacia el este se veía un bonito cerro con tonos amarillos debido a los primeros rayos del sol. En el suelo, la capa de hojas del día anterior ahora era una suave capa de nieve.

Una vez que levantamos el campamento empezamos a caminar por el bosque. Pensamos que quedaríamos bien mojados abriéndonos camino, pero lo cierto es que seguimos varios monolitos que encontramos y luego buscando los claros entre la vegetación, salimos rápido de allí sin mojarnos mucho y justo cuando ya el sol empezaba a darnos su calor directamente. Descendimos la ladera hacia el pie de la cascada, donde nos tomamos un descanso y nos acercamos a ella a contemplarla y conversar en sus orillas y recibiendo el suave rocío de sus aguas.

Continuamos la marcha en dirección hacia el bosque idílico. Al poco andar ya podíamos ver la cumbre de El Toro, y sorpresivamente, las huellas que dejamos rumbo al filo. El zoom 50x lo confirmaba. También elucubrábamos acerca de donde proviene su nombre, ya que nos daba la sensación (observando desde este punto) que los gendarmes de roca que se asoman desde sus faldas, representan dos cachos de dicho animal.

En el bosque idílico paramos nuevamente a comer algo (tratando de deshacernos de las últimas raciones de marcha que aún cargábamos a nuestras espaldas). Desde allí seguimos a Casa de Piedra, donde un poco antes de arribar, unas vacas se espantaron con nuestra llegada. Ahí estaba el arriero, que se notaba tranquilo y con quien Arturo estableció una pequeña conversación. Sin embargo, su compañero estaba algo indignado porque le espantamos – casualmente - los animales, así que envió a los perros a ejercer su labor. (luego en nuestra marcha, pensamos que debimos preguntar a los arrieros porqué el nombre del cerro, y es algo que a Tami aún le pesa)

Llegamos a Casa de Piedra, y luego de una pequeña confusión con el sendero, tomamos el correcto y apuramos el tranco para no llegar tan tarde. Hubo que remontar su buena subida pasando las quebradas, para después bajar hasta el Río y cruzarlo. Varios íbamos con la intención de bañarnos en el él, pero nos arrepentimos al ver que ya no tendríamos sol directamente, pues se ocultó tras el cerro precisamente en ese momento. A Seba no le importó y fue el único que valientemente se bañó. Es que daban ganas de abrazarlo tan limpio y fresco que se veía frente a nuestras olientes fragancias.

Ya todos al otro lado, caminamos por el maravilloso bosque de bellotos y arrayanes, y luego remontamos la ladera que se nos hacía larga después de las 6 horas que llevábamos de jornada. Cruzamos la quebrada y nos adentramos en el bosque de robles, con sus hojas que suavizaban el sendero, para finalmente empalmar con las escaleras que bajan unos 30 metros hacia el puente. Ahí Gabino se entierra en la mano un pedazo de astilla al ir deslizándola por el pasamanos de madera. Llegamos al puente y luego de 7 horas estábamos en los autos.

Estábamos contentos. Cansados, pero no destruidos. Aprovechamos de elongar, Gabino logró sacarse la gran astilla de la mano con unas pinzas y agujas que traía Tami en su bolso

y ordenamos las cosas en los autos. Ahora se irían Xime y Tami con Gabino, y Seba y yo con Arturo.

Partimos rumbo hacia Linares, despidiéndonos del maravilloso entorno que nos acogió por esos días. Nos juntamos en el centro. Fuimos a una pizzería a comer churrascos y pizzas, por supuesto. Era una parada obligada. Así, con el hambre bien saciada regresamos a Santiago, llenos de energía y motivación, con un cerro que en un principio lo vimos tan lejano, desconocido para nosotros, pero que de alguna forma nos cautivó, nos hizo ir a él, nos regaló una ventana precisa para pisar su cumbre, disfrutar el valle, el río y los bosques que desde las alturas imponentemente observa.[7]

Y por cierto…

[7] Se recomienda llevar GPS, además de estudiar bien la ruta por AHB y mirar imágenes de ascensos anteriores ya que los senderos en ciertos tramos suelen desaparecer y el día de cumbre la nubosidad matinal puede complicar la ubicación de la ruta.

Este es el maravilloso Cerro El Toro.